

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven inglesa, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Plegaria, por don Amós Escalante.—El cirujano de Marina, por don R. R. de Mendoza.—Variedades: La Cueva de la Virgen y la funcion Régia [conclusion], por don Antonio Flores.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Segundo Figurin.—Pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

LA JÓVEN INGLESA.



EN Inglaterra, como en Francia y en España, los sistemas de educacion en general varían poco, pero como no son los sistemas los que forman ese carácter peculiar y distintivo de las jóvenes, sino las costumbres en que se las educa, estas son las que ejercen grande y poderosa influencia.

Y como las costumbres no son iguales en todas partes, pues hasta el clima tiene sobre ellas reconocido influjo, aunque no aparezca evidente esa disparidad en algunos pueblos, se nota en Inglaterra, cuyo pais ostenta cualidades muy especiales.

No por eso criticamos sus costumbres, que creemos por el contrario merecen respeto, porque tienen su razon de ser, siéndonos dable únicamente manifestar, que ellas, por lo general, imprimen á la jóven un carácter distinto que en Francia y España.

Para nosotros parece algo defectuosa la educacion de la jóven inglesa, no en la manera de instruirse, porque bajo este punto de vista es quizá la mas completa de Europa, sino la educacion del corazon, los placeres, las necesidades, los deberes de la vida íntima, de la vida de familia, á la que pertenecen los dias de la niñez y de la juventud.

La educacion intelectual, ó sea la instruccion, es completísima, y son vastos, por lo comun los conocimientos de las inglesas, pues no es raro verlas poséer

las artes y muy completas nociones de ciencias; y es muy frecuente verlas viajar con su cartera y lapiz trasladando á ella los panoramas que la naturaleza les presenta en sus escursiones de recreo, que son para muchas verdaderamente artísticas.

Pero á la vez que se atiende tanto á hacer sábia á la mujer, no se emplea el tiempo debido en profundizar la enseñanza de los conocimientos necesarios y de primera utilidad; esas dulces confianzas de la madre de familia enseñando con toda su ternura los deberes que tendrá que llenar un dia.

Mas esta parte de la educacion que tiene en España su mas bello encanto, se vé allí desatendida, porque la hija es alejada de la madre, porque vive en la familia como si no la tuviera, porque no aprende al lado de la madre á conmover su corazon con las dulces afecciones íntimas.

Muchas familias en Inglaterra no están organizadas como entre nosotros, porque las glaciales nociones del respeto y del deber son la base de todas las relaciones entre los padres y los hijos.

La existencia de los padres no suele ser la de la familia: relegados los niños á una habitacion alejada, no acostumbran á presentarse delante de los autores de sus dias mas que cuando les llaman, y con todas las ceremonias de personas estrañas. Encomendada su vigilancia y educacion á una aya que prescribe un ceremonial para todo, por mucho que sea el cariño que tenga á sus educandos no podrá enseñarles lo que una madre. Así se educan los niños sin que la madre haya experimentado las penas de las primeras pruebas de la vida, ni sentido su corazon los menores placeres, las mas ligeras emociones, tan dulces al corazon de nuestras madres.

Podrá tener sus ventajas este sistema, así como

sus inconvenientes el nuestro ; pero creemos preferibles estos mil veces á la sequedad natural que reina entre los miembros de una misma familia inglesa, cuando vive sujeta á tales principios.

No deja de haber sus excepciones en esta regla, pero suele ser la mas observada. De aquí sin duda esa gravedad de las jóvenes inglesas, que parecen tener cerrado el corazon á las impresiones de afecto.

Instruidas tambien mas varonilmente, necesitan esta circunstancia, porque goza la jóven, especialmente la de ciertas clases, de una libertad desacomumbrada en las regiones meridionales; por esto va sola la jóven inglesa y sabe hacerse respetar.

Y es bello en verdad ver esa pléyada de bellísimas jóvenes, porque abunda la belleza en Inglaterra, circular solas por las calles, llevando la inocencia en su semblante, el decoro en sus miradas, y en todo dignidad. Se hacen respetar respetándose, y quizá los que para nosotros parecen defectos de educacion son una necesidad social, porque debemos repetirlo, la mayor parte de las costumbres de los pueblos suelen tener su razon de ser, y merecen respeto.

A. PIRALA.

GARTAS Á JULIA.

IV.

No sé cómo se hizo, Julia, que al dia siguiente me levanté muy temprano, sorprendiéndome á mí misma de ver que el sol doraba apenas los picachos de los montes, y que los pajarillos entonaban aun su canto de la mañana. Ah! los otros dias procuraba levantarme lo mas tarde posible, para acortar las horas de tristeza y de fastidio, pero aquel llena mi imaginacion con un mundo de ideas nuevas, me precipité del lecho; en un instante hice mi tocador y bajé á la huerta en busca de la abuela.

Eduardo se estaba preparando para ir á caza, como de costumbre.

Al verme se sorprendió. Yo me acerqué á él con la frente cubierta de rubor.

—Tambien nos abandonas hoy! balbuceé tímidamente.

Fijó en mí una triste mirada. Aquella mirada parecia decir: qué importa que viva ó muera!

Yo le cogí la mano.

—Hasta ahora, le dije con voz temblorosa, no he querido violentarte, pero has pasado ya demasiado tiempo consagrado al dolor, y debes mostrar alguna fortaleza. Además, que lo que se pierde tan fácilmente,

no merece la pena de ser llorado con tanto estremo!

Eduardo pareció sorprenderse de este razonamiento, pero luego se encogió de hombros, llamó á los perros, y se fué.

Este mal éxito de mi primera tentativa me hizo una impresion muy dolorosa.

Dí algunos pasos por la huerta y fuí á sentarme debajo de un árbol, vertiendo allí escondida un torrente de lágrimas.

La frescura de la mañana y los alegres rayos del sol que jugueteaban en los charcos de hielo, fueron calmando poco á poco mi agitacion, y ya mas tranquila fijé mis distraidas miradas en el apacible cuadro que me rodeaba.

La huerta, á pesar de ser muy estensa, no ostentaba ni una sola flor: allí no crecia ni una sola planta inútil, y no se veian mas que árboles frutales, y las legumbres y hortalizas que ya empezaban á romper el seno de la tierra.

—Qué mal gusto tienen los viejos, pensé. Si aquí hubiesen formado un cuadro de flores, en cuyo centro descollase un bonito cenador, cuánto mas agradable seria el venir á respirar la brisa de la mañana saturada de perfumes! Son tan hermosas las flores! Yo las cuidaria con esmero, y hallaria en cuidarlas una poderosa distraccion. Esto poco podria costar, y qué delicia!

Ví á lo lejos al viejo Antonio, que desempeñaba en la casa los oficios de hortelano, carretero, criado y mayordomo. A la sazón estaba podando una higuera.

Llena de entusiasmo con mi nuevo plan me dirigí hácia él.

—Buenos dias, señorita, exclamó con su franca sonrisa, quitándose respetuosamente su gorro de pieles.

—Diga Vd., Antonio, le pregunté, ¿no es buena esta tierra para sembrar flores?

—Yo lo creo! como que es la mejor del pueblo!... El rio está ahí....

—Pues yo quisiera formar un pequeño jardin-cito....

—Nada mas fácil, señorita....

Pero Antonio se detuvo bruscamente despues de haber pronunciado estas palabras, y se puso encendido, dando tormento entre sus manos á su pobre gorro.

—Qué inconveniente hay? exclamé algun tanto contrariada.

—Oh! ninguno, ninguno, repuso con creciente turbacion... solo que el pais es tan pobre y hay tantos mendigos.... y la señora tiene costumbre de, calculado el gasto de la casa, vender lo demás, y con su importe....

Antonio se detuvo otra vez. Conocí que se aver-

gonzaba de haber descubierto un secreto que no le pertenecía, y en efecto queriendo á todo trance cambiar de conversacion, exclamó aturdidamente:

—Muy fresquita está la mañana! Es verdad que Vd. es jóven, pero no está acostumbrada á madrugar! La señora es otra cosa!... Hace cuarenta años que estoy con ella y siempre lo mismo... siempre levantándose con el alba!... Yo era tamañito entonces, añadió colocando la mano á alguna distancia del suelo, y me decia con estrañeza: ¿por qué se levantará tan temprano la señora? Ella que es rica... Ella que tiene criados que la sirvan!... Ah! luego lo he sabido; luego al verla aparecer por las mañanas me daban ganas de arrodillarme y bendecirla como á Dios!

Quiéres que te confiese una cosa, Julia? Yo, acostumbrada en casa de mi madre, que mudaba de criados cada quincena, habia concebido un alto desprecio hácia toda esa clase. Me parecia que no eran seres como los demás, y casi los consideraba como fieras domesticadas... No puedes figurarte cuánto me sorprendió el lenguaje de aquel anciano, que revelaba tanto candor, tanta ternura, y tanta delicadeza de sentimientos.

—Y por qué? le pregunté casi á pesar mio.

Antonio se enderezó vivamente, se apoyó en la podadera, y fijando en mí sus miradas francas y leales:

—Por qué, señorita? dijo con entusiasmo. Oh! porque ella ha sido la providencia de mi casa!...

Mi padre era albañil.... Mi padre salió un dia para ir al trabajo y no volvió... Se habia caido de un andamio, quedando muerto en el acto... Mi pobre padre murió sin bendecirnos! Mi madre quedó viuda con cuatro hijos, de los cuales el mayor era yo, y yo tenia nueve años!... El dolor la postró en cama... la miseria entró por las puertas de mi casa... Mis hermanitos lloraban porque querian pan, y yo no tenia pan que darles... En vez de eso tenia mucha hambre...

Una mañanita yo paseaba en brazos por el cuarto al mas chiquitin, que no queria dejar de llorar, mientras mi madre gemia en la cama luchando ya tal vez contra la muerte, cuando cátrate aquí que entra la señora.... Entonces era jóven... poco mas ó menos tendria la edad de Vd., y tan fresca y colorada como un capullo de rosa.

Se sentó al lado de la cama de mi madre, y la dijo unas palabras tan bien dichas, que mi madre lloraba á lágrima viva, pero no con el desconsuelo que antes.

—Cuando esté Vd. mejor, añadió al retirarse, ya hablaremos del porvenir. Yo necesito un criadito que me haga los mandados, y me llevaré á Antonio. En cuanto á la niña mayor, la colocaremos al lado de la señora maestra, que necesita una ayudanta, y podrá enseñarla á su manera. Además yo tengo muchos copos de lino, y Vd. se entretendrá en hilarlo y en

hacer medias despues, lo cual no la impedirá atender á sus hijos pequeñuelos.

Aquel dia, aunque lloramos mucho, nuestras lágrimas fueron menos amargas, y oí á mi madre que repetia varias veces:

—Dios lo ha querido! Todo lo que Dios hace está bien hecho!

Como la señora nos habia dejado algun dinero, durante un mes tuvimos pan y fuego con que calentarnos.

Transcurrido este tiempo, me envió á buscar como habia prometido. Oh! aun me acuerdo de aquel dichoso dia! Cuando llegué estaba sentada ahí, debajo de aquella encina....

—Antonio, me dijo con su voz dulce y grave al mismo tiempo; eres el hijo de una viuda, eres el mayor de tus hermanos, y aunque muy niño tienes el sagrado deber de velar por tu familia. Sé bueno y trabajador, que Dios bendice el trabajo y la honradez! Por ahora ganarás veinte reales, y te subiré el salario á medida que te muestres mas dócil é inteligente. Hé aquí tu paga adelantada de este mes, toma y llévasela á tu madre....

Ah! cómo podré esplicaros, señorita, el orgullo, la alegría que sentí al recibir aquellas monedas que me abrazaban las manos!... Yo era ya útil!... era ya un hombre!...

Eché á correr á través de los campos, gritando como un loco:

—Madre mia, madre mia!

Cuando llegué á casa, mi corazon palpitaba tan vivamente que sus latidos me ahogaban.

Dejé caer las monedas en la falda de mi madre y prorumpí en sollozos.

—Arrodíllate, hijo mio, exclamó ella tambien llorando, y bendigamos juntos á nuestra bienhechora!

Aquel dia fué un dia de completa felicidad, si felicidad podia haber para nosotros sin nuestro padre. Rosa fué admitida en casa de la señora maestra, la cual la señaló diez reales al mes, además de mantenerla.

Ah! casi hasta ahora, y por una estraña casualidad, no he sabido que los dos beneficios provenian de una misma mano...

Y Antonio elevó los ojos al cielo y cruzó los brazos sobre el pecho con inefable espresion de gratitud.

—Y luego? le pregunté vivamente interesada.

—Ah! señorita! luego, gracias á ella, fuimos siempre muy felices! Yo aprendí á leer con la señora.... ella me enseñó tambien á escribir y á contar... lo demás yo he procurado aprenderlo para darla gusto... Mi hermana Rosa es hoy la maestra del lugar... De los otros dos, Antolina se ha casado con el pastor que guarda los rebaños de casa.... y el otro, Andrés.... Andrés es un mala cabeza, que no correspondió á los

buenos deseos de la señora. La dió muchos disgustos, y por fin se metió soldado... quién sabe por dónde anda....

—Y su madre de Vd., Antonio?

—Oh! mi madre ha muerto contenta, porque la señora estuvo siempre al lado de su cama consolándola y prometiéndola cuidar de nosotros... y lo ha hecho!.. Si viera Vd. cuán buena es!.. No hay una familia en el pueblo que no la deba su bienestar!... Y eso que la señora no humilla á nadie... no estimula la vagancia dando al pobre una limosna... Le dice al pobre: trabaja, que yo te daré los medios para hacerlo... Y luego, sabe decir las cosas tan bien y tan á tiempo.... á cada uno le habla de su manera.... Así es que cuando hay un marido que no se aviene con su mujer, ó un padre que está descontento de sus hijos, ella le llama y le persuade, como pudiera hacerlo el señor cura... De modo que cuando tuvo que seguir á su marido, no sé dónde, hubo en el lugar un verdadero desconsuelo. Parecía que se habían muerto todos nuestros padres, todas nuestras madres.... Me acuerdo que era al anochecer cuando el coche de colleras atravesaba la plaza... ella sacó la cabeza fuera de la portezuela, y qué llorar todos entonces! Y cuando el coche desapareció entre los árboles, nos arrodillamos, y era ya muy de noche cuando aun estábamos arrodillados!... Pues y cuando volvió? Había una agitacion en el pueblo... Los hombres se encaramaban en los árboles para ver si la atisvaban paseando por el huerto; las mujeres iban y venian de una casa á otra, y no se oian mas que estas palabras:

—Ha venido! Sabeis que ya ha venido? Ya la tenemos, ya está aquí...

Aquel dia creo que nadie comió, porque se quemaron todos los pucheros.... Bien cierto es que si el señor Rey nos hubiera dado un monton de plata, tan alto como esa montaña, no hubiéramos estado mas contentos.

Pero señorita, perdoneme Vd...— soy un charlatan... Es que en hablando de la señora.... ¡la quiero tanto!— Así es que todas las noches cuando me acuesto, digo quedito, muy quedito para que no lo oiga mas que mi ángel de la guarda: Virgen santísima, haz que mi madre goze de tu cielo, y que mi segunda madre sea muy dichosa en la tierra!

Yo volví la cabeza, Julia, para ocultar una lágrima que asomaba á mis párpados! Antonio tambien se enjugaba á hurtadillas los ojos con el reverso de la mano.

—Con que señorita, prosiguió procurando dominar su emocion, quiere Vd. que plantemos unas cuantas flores? La señora Anaclea las tiene muy lindas.... Yo iré por ellas en cuanto deje el trabajo....

—No, buen Antonio, no, le dije ruborizándome, he cambiado de parecer.... Prefiero no robar ni un palmo de terreno á las legumbres, que sirven de alimento al pobre.

Y me alejé precipitadamente, y subí precipitadamente á mi cuarto. ¡Cosa estraña! Hubiera deseado postrarme tambien á los piés de la abuela y bendecirla, y al mismo tiempo hubiera dado cualquier cosa por no encontrarla al paso! Es que mi estusiasta corazon se lanzaba hácia ella, y mi amor propio se sentia humillado, con el paralelo que mi conciencia establecia entre ambas.

Cuando llegué á mi cuarto, prorumpí en llanto, y todavía lloraba cuando me llamaron para almorzar.

Tambien me llaman en este momento, Julia, y me veo precisada á interrumpir mi relacion. Ojalá que el retrato de la abuela, dibujado groseramente por el buen Antonio, te haya cautivado como á mí me encantó, y procures imitarla como yo lo hago! Adios, hasta mañana....

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

PLEGARIA.

¡Oh fuente del desierto, cansado peregrino
Acudo á tus raudales para templar mi sed;
¡Oh palma que floreces á orillas del camino,
Bajo tu dulce sombra renacerá mi fé!

Jamás corrió una lágrima sobre este pobre suelo,
Nunca sonó un gemido de angustia ó de dolor,
Sin que le respondiese pródiga de consuelo,
De tu amoroso pecho la tierna compasion.

¡Oh corazon de madre, de eterno amor morada,
Atento siempre al lloro y abierto á la piedad,
Á tí se acoge el alma confusa y desolada,
Si tú la desconoces, ¡quién la socorrerá!

En las amargas horas de mi existencia oscura
Á tí se dirigía el ¡ay! del corazon,
Y nunca, oh madre, nunca faltóme en la amargura
Para mostrarme el cielo tu amparo salvador.

Por eso con fé pía mi corazon te implora,
Refugio de los tristes, venero de salud;
Madre de la esperanza dulce y consoladora
Haz que en mi pecho brote su bienhechora luz.

AMÓS DE ESCALANTE.



EL CIRUJANO DE MARINA.

I.

Era una noche oscura y fría como todas las de Noviembre bajo el cielo de Bretaña. Brest dormía tranquilo hacia algún tiempo, no oyéndose en su puerto mas que el lejano crugir de los inmensos cables que sujetaban los buques, el rugido de las olas del mar que llegaba á los almacenes desiertos, y los pasos acompañados de los centinelas.

A lo lejos, sobre la orilla izquierda, el aislado edificio de los Baños aparecía alumbrado entre las masas negras que lo circuyen. Uno de sus departamentos brillaba, sin embargo, con luz menos viva; era la enfermería de los Forzados. En la ventana de esta enfermería, un jóven que llevaba el uniforme de los cirujanos de marina, se mantenía apoyada la frente contra los barrotes de hierro, sumergido en una triste meditacion. Despues de haber permanecido largo tiempo en la misma postura, dirigió su vista sobre un papel cubierto de borrones que tenia en la mano, como si hubiese procurado recobrar en él el objeto de su preocupacion, y se puso á leer en voz baja.

«... ¿Qué vale la vida sin la dicha, y que es ésta sin la riqueza?

« El pobre no vive: vivir es tener la posesion de su sér, y el pobre no la tiene. En efecto, el indigente no es dueño de nada, solo puede... morir de hambre. Tengo veinte y siete años, me agrada la alegría, la campiña, gusto de la conversacion de las mujeres, y habré de pasar mi vida en manosear moribundos. ¡ Viviré en un entrepuente de cinco piés ó en una sala del hospital, no oyendo mas que lamentos y blasfemias! ¿ Por qué tal existencia? ¿ Qué he hecho para merecerla? ¿ Si quisiese cambiarla por eso que los hombres llaman un crimen, dónde hallaria la ocasion? Los crímenes provechosos son tan raros. La probidad de las tres cuartas partes de los hombres no estriba sino en la dificultad de llegar á ser bribones.»

Al llegar á esta frase, el jóven se detuvo como si hubiera querido sondear toda su profundidad. Golpeó entonces el papel haciendo un gesto afirmativo; despues, descansando la cabeza sobre una de sus manos, cayó de nuevo en una meditacion seria.

Para aquel que hubiese podido leer entonces en su pensamiento, ningun espectáculo mas singular que el despecho de este entristecido espíritu, indignándose de la impotencia del pobre para hacer con provecho el mal. Sin embargo, mirándolo bien, hubiera sido fácil ver en esta estraña direccion de ideas, mas estraño que corrupcion. Su inmoralidad no provenia del vicio, sino de sed de bienestar y de ambicion, en-

fermedades ordinarias en los jóvenes en sus épocas febriles y de movimiento.

Eduardo Launay era, en efecto, uno de esos hombres que no quieren aceptar una plaza en el mundo, ni buscarla, y que pasan envidiando la fortuna el tiempo que tendrian necesidad de emplear en alcanzarla. Nacido en una condicion mediana, podia, ó resignarse á ser pobre, ó trabajar para no serlo; mas no queriendo tomar ni uno ni otro partido, creyó mejor indignarse contra las desigualdades sociales de que hubiese deseado aprovecharse. Colocado de este modo frente á frente de otros, bajo el punto de vista de la envidia, todo se lo miró por un falso prisma, y su espíritu se depravó en medio de sofismas despreciables y roedores. Absorto por otra parte ante la sed de goces, á este fin se encaminaron todas sus acciones. El sentimiento del deber se perdió en su alma ante esta única idea; pues para él eran justificables todos los medios con tal que le condujeran al objeto. Mas como quiera que fuese, el mal habia permanecido en su vida en el estado de sistema; habia manoseado el vicio en sus razonamientos, pero todavía no habia sido iniciado en él por la práctica; por mas que su voluntad estuviese vacilante, sus repugnancias luchaban siempre; acaso no habia necesidad mas que de ofrecer un punto á esta inteligencia inquieta, arrojar un dulce sentimiento en su corazon vacío, para reanimar su agonizante virtud. El alma de Launay era como el navío que espera el viento para orientar sus velas, igualmente pronto á emprender su rumbo en derecha línea, ó á bordear en tortuosos giros. Peligrosa situacion á la cual llegan la mayor parte de los hombres en quienes el dominio del espíritu sobre la materia no está bien establecido, y que siempre estimulados por el aguijon de la sensualidad, se ven precisados, á pesar suyo, á resistir el deber.

Largo tiempo habia ya que Launay estaba entregado á las reflexiones de que acabamos de hablar, cuando un enfermero vino á sacarle de ellas anunciándole, que *el número siete habia muerto*. El jóven cirujano abandonó la ventana perezosamente y con sentimiento. Dirigióse á través de las dos filas de lechos, cerca de la cifra que le habia sido designada, porque en un hospital un enfermo no tiene nombre; la sola cosa porque se le conoce y señala es el lecho; el hombre que en él se halla no es mas que un accesorio pasajero, que cambia al par que las sábanas. Cuando llegó al *número siete*, Launay apartó el cobertor que, segun costumbre, habian echado sobre la cabeza del muerto, y le miró con curiosidad. Todas sus preocupaciones habian evidentemente hecho lugar á una especie de interés científico; el instinto del médico se habia revelado á la vista del cadáver.

Pasó ligeramente la mano sobre las protuberancias del cráneo, estudió un instante los músculos de la

cara, y luego, como si hubiese resuelto súbitamente verificar ciertas observaciones ó esclarecer algunas dudas, ordenó trasportar el cuerpo al anfiteatro.

(Se continuará.)

(Traducción.)

R. R. DE MENDOZA.

VARIETADES.

LA CUEVA DE LA VIRGEN Y LA FUNCION RÉGIA.

[CONCLUSION.]

Después de un breve descanso pasaron SS. MM. al refectorio de los antiguos monjes, espléndidamente alhajado, y allí se sirvió una comida digna, por todos conceptos, de las personas augustas á quienes se dedicaba; y los Prelados, los Ministros, los Generales, los altos funcionarios de Palacio, la Diputación Provincial, el Presidente de la Comunidad y otras personas notables tuvieron el honor de sentarse allí. Los demás convidados, en número de doscientas personas, asistieron á otra mesa, dispuesta con gran lujo en el local que fué biblioteca del monasterio, antes de que los franceses hicieran auto de fé con los preciosos códices que allí se guardaban, y los trescientos veinte y cinco alcaldes comieron en el refectorio bajo, asistiendo á todas las mesas una Comisión de la Diputación Provincial.

Después que los seiscientos peregrinos hubieron reparado el estómago, no con pescado salado, ni con un poco de queso y un trago de vino servido en una calabaza, sino con pescados frescos, y trufas, y quesos helados, y vino helado también, y servido en copas de cristal tallado, se dirigieron los Reyes á una elegante tienda de campaña, desde donde debían ver los fuegos artificiales. Pero la tienda estaba inmediata al balcon de los monjes, y SS. MM. prefirieron salir á aquella hermosa galería para respirar el ambiente purísimo de la montaña.

La noche era una de las más serenas del Estío, y á pesar de la altura en que nos hallábamos, y de ser el último día de Setiembre, no se advertía la más ligera ráfaga de viento, ni una sola nube empañaba el dilatado horizonte que se descubría desde el balcon de los monjes.

Las primeras luces de Bengala que se quemaron en la montaña descubrieron un cuadro magnífico. El pueblo, que estaba apiñado alrededor del monasterio, vió á la Reina reclinada sobre la baranda de hierro de aquella galería del convento, y teniendo por toda guardia

de honor los colosales monjes de piedra que allí han visto impasibles ir y venir, medrar y caer, gozar y sufrir tantas y tantas generaciones. Ellos pasaban esa noche en que la luz de los cohetes iluminaba su semblante, y la Reina de España pasaba rozando sus vestiduras con los pliegues de su sayal de piedra, como las noches de invierno, en que todo duerme en el monte menos el relámpago que alumbraba la cabeza del monge de piedra, y la lluvia que azota sus hábitos. Impasibles entonces é impasibles ahora.

La Reina á su vez aprovechaba los fugaces resplandores de los cohetes, para dejar que se perdiera su vista en los hermosos, pero profundos abismos, que sirven de pedestal al balcon de los monges.

Inmejorable es la posición que ocupa esa atalaya del monasterio, y sorprendentes las vistas que se gozan desde allí en un día claro y sereno; pero á las once de la noche, con las fantásticas luces de los juegos de artificio, y oyendo el eco de los cohetes vagar de peña en peña y de abismo en abismo, el panorama que se ofrecía á la vista era verdaderamente grande y sublime. Sobre todo para las personas que desean soñar despiertas en medio de una realidad que parece fantástica ó de una fantasía que parece real y verdadera.

Los juegos de artificio que se quemaron aquella noche en la montaña de Montserrat, valían muy poco, pero como el cuadro que alumbraban era de un valor inmenso, á nosotros y á cuantas personas había allí nos parecieron inmejorables.

Cada cohete que estallaba en el aire resonaba veinte ó treinta veces en el monte, y las bombas de fuego que soltaba en el espacio alumbraban multitud de objetos fantásticos, que aparecían y desaparecían sin cesar, siempre con variadas y caprichosas formas.

Los reyes quedaron muy complacidos de esa fiesta, cuya segunda parte consistía en una gran serenata vocal é instrumental, que se verificó delante del antiguo claustro ojival del monasterio. Alternaron en este los coros de Clavé con la orquesta de Moliní, y todas las piezas fueron ejecutadas con verdadera maestría. Nosotros no olvidaremos nunca el efecto que nos produjo la sinfonía de abertura y el coro titulado *Lo somni de una Verge*.

El buen gusto y la afición de los catalanes á la música, lo prueba el silencio profundo que catorce ó quince mil personas guardaron durante la serenata. Cuando se acababa alguna pieza aplaudían á los artistas, victoreaban á los Reyes y todo volvía á quedar en silencio. A pesar de que alrededor del palco régio había hachas de cera, el cuadro estaba iluminado por una luz eléctrica, oportunamente colocada en una de las ventanas del piso octavo del monasterio.

Era la una de la madrugada cuando los Reyes se retiraron á sus habitaciones.

Las personas de la régia servidumbre y los demás

convidados á esta solemnidad, hallaron cómodo alojamiento en las celdas, mientras el resto de aquel numeroso concurso llenaba las tiendas de campaña ó acampaba al aire libre. Los que se vieron obligados á tomar este último partido, se ahorraron de madrugar como lo hicimos nosotros, para recorrer el monte antes de las ocho y media de la mañana, á cuya hora dió principio la gran festividad religiosa.

Asistieron á ella las mismas personas que el dia anterior habian asistido al *Te Deum* y á la *Salve*, y el templo se hallaba iluminado con tanta profusion como entónces. Una numerosa orquesta solemnizó la misa, en la que celebró de pontifical el Obispo de Vich, y el ilustrado sacerdote D. Hermenegildo Coll de Valldemia, pronunció una oracion elocuentísima y digna por todos conceptos de aquella gran fiesta y de la justa celebridad que ha adquirido el Sr. Valldemia en la cátedra del Evangelio y en la enseñanza de la juventud.

A pesar de las cortas dimensiones del discurso, el predicador catalan enumeró los principales sucesos acaecidos en Montserrat, despues de haber demostrado que los tres grandes faros del mundo civilizado, las fuentes de la moralidad, de la esperanza y del amor, eran el Sinaí, monte de la Ley; el Tabor, monte de la Gloria, y el Calvario, monte de la Redencion. Al hombre, decia el Sr. Valldemia, por su innato deseo de subir á la Patria inmortal, le ha parecido siempre que los altos lugares, como que generalmente están lejos del bullicio de las gentes, se aproximan á la morada de Dios, y que los altares propios para quemar en ellos el incienso de su fé, de su devocion y de su piedad son las montañas.

Los Reyes, cuya atencion, como la de todo aquel escogido auditorio, cautivó la elocuente palabra del orador sagrado, mandaron que se imprimiera á sus espensas el sermón, y dirigieron frases de bondadoso aprecio al Sr. Coll de Valldemia.

Terminada la fiesta religiosa, volvió la Real Familia á la celda abacial, donde los trescientos veinte y cinco Alcaldes, vestidos con el traje usual y característico de cada una de las distintas localidades que representaban, tuvieron el honor de besar la mano á los Reyes y á los Príncipes; siendo esta respetuosa ceremonia la que mas agradó á la Reina, y la que verdaderamente escitó la atencion y la curiosidad de los que pudieron presenciarla.

Despues que hubo terminado el besamanos de los Alcaldes, el Cabildo del santuario presentó á los Reyes algunas medallas, sortijas, cruces y otros objetos de los que simbolizan la veneracion de los romeros á la Virgen, y se venden en el mismo monasterio, y llegó por fin el momento de la partida.

Despidióse la Reina con edificante devocion de la Virgen, mientras la escolanía entonaba una *Salve*, y á la misma puerta del templo tomaron el carruaje régio que habia de llevarles á la estacion de Monistrol. Pe-

ro la Diputacion Provincial de Barcelona, que no habia omitido nada de cuanto pudiese contribuir á la grandeza de aquella fiesta religiosa y verdaderamente popular, despidió á la Real Familia con un nuevo obsequio. Era preciso que la Reina viese alguno de los bailes mas característicos del pais, y al efecto hicieron venir parejas de lindas aldeanas de todos los puntos de la provincia, las cuales danzaron graciosa y alegremente en presencia de los Reyes, que verdaderamente encantados con *el ball Rodó*, y otros bailes no menos característicos, no acertaban á salir de allí.

Pero tampoco este agradable episodio fué el que puso término á la magnífica fiesta de Montserrat. Por en medio del mismo gentío que victoreaba á los Reyes y á los Príncipes, se abrió calle un jóven caballero, y acercándose respetuoso al carruaje régio, pidió permiso á la Reina para dirigirla algunas palabras, y pronunció las siguientes, que produjeron un entusiasmo indecible:

«Catalanes: La magnánima Reina de las Españas lleva ceñidas en sus augustas sienes dos coronas tan antiguas como gloriosas: la corona de Castilla y la de Aragon.

» Así como en Castilla el heredero de la corona se apellida Príncipe de Asturias, el de Aragon se apellidaba Príncipe de Gerona y Duque de Monblanch.

» Los tiempos injustos han olvidado este ilustre título; la civilizacion exige la conservacion de este recuerdo; la gratitud lo reclama; exígelo tambien el amor de la Reina á su pueblo, y el amor del pueblo á su Reina; ningun lugar mas á propósito que este para recordarlo. ¡Catalanes: viva el Príncipe de Gerona!»

La Reina, verdaderamente conmovida, dió las gracias al señor Bofarull, que este era el nombre del jóven que despertó allí el oportuno recuerdo del antiguo principado de Gerona, y dió orden para seguir el camino hácia Monistrol.

La bajada de la montaña por la nueva carretera, que ha abierto á sus espensas la Compañía del ferro-carri, ofrece puntos de vista magníficos y de una grandeza superior á todo encarecimiento. Pero la bajada es rápida, los coches corren precipitadamente por aquellas curvas, y á cada vuelta que se deshace del maravilloso zig-zag, se va perdiendo de vista un peñasco, y con él un recuerdo, y se va dejando atrás un abismo, y en su fondo una tradicion ó una historia.

Desde lo alto del monte, ó mientras se recorren sus misteriosas grutas, se puede creer que Juan Garin el ermitaño degolló á la hermosa Riquilda, y que esta resucitó despues de muchos años con su herida cicatrizada y como si nada la hubiera sucedido, y parece como que se vé al buen Garin dejarse cazar por los moneros de Wifredo el Velloso, para echar á correr y soltar su piel de fiera apenas un niño de cinco meses le diga que Dios le ha perdonado. Y es fácil creer que retumba la peña como si cayera á nuestra vista el

cuerpo de Marta, la infeliz cuñada del Capitan de los treinta.

Pero ni de estas ni de ninguna de las maravillas reales que se gozan en lo alto del monte, se puede alimentar la imaginacion del viajero cuando descien- de por la carretera de Monistrol. Lo que sucede es que á medida que va llegando al llano y oye cerca de sí el grito de la locomotora se le nubla el semblante, se le oprime el pecho y cree que ha sido un sueño cuanto acaba de ver.

ANTONIO FLORES.

MODAS.

Explicacion del FIGURIN, núm. 670.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de glasé, color de malva, cubierto de otro de gasa de Chambery, del mismo color. El cuerpo es alto y tiene un peto que figura vuelta, guarnecido de un volantito rizado de la misma gasa: un biés de glasé separa este rizado de la parte lisa del vestido. La manga, ancha de abajo, dobla formando vuelta, que queda estrecha de la parte superior y ensancha en la inferior, y lleva el mismo guarnecido que el cuerpo. El talle es redondo: el cinturón morado. La falda va abierta en la parte inferior, de trecho en trecho, hasta una altura de 50 á 55 centímetros: las esquinas de estas cortaduras van dobladas sobre el vestido, y tienen el mismo guarnecido que el cuerpo y manga, el que continúa en lo demás del bajo de la falda. Estas aberturas dejan ver unas pirámides de volantitos de glasé malva, ó sea el adorno de la falda de esta tela, que sirve de viso á la de gasa, con un efecto muy lindo. La falda de gasa va unida á la de seda por unos puntos que no se notan.

Sombrero de tul blanco, adornado de margaritas y amapolas. La armadura de este sombrero es tirante, pero va cubierta de otro tul que queda hueco. Un cordón de margaritas contornea el ala: un rizado grueso de blonda blanca forma el rostrillo: sobre la frente, y un poco al lado izquierdo, hay un ramo de flores. Las bridas son de cinta de seda blanca.

FIG. 2.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido Gabriela* de grós verde. El cuerpo y falda son de una sola pieza por delante. El cuerpo va abierto hasta casi la mitad del pecho en V, cruzando ligeramente de derecha á izquierda, y deja ver una camiseta ó peto de tafetan de Florencia blanco, que termina en una gola pequeña de tul

rizada, con corbatita de seda color de rosa de Solferino. Los contornos del vestido, que figura abierto por delante, van guarnecidos de un biés de grós negro, que sirve de cabeza á un rizado de la tela del vestido. La manga, ancha y recta de arriba, ensancha mas de abajo, y va cogida en la sangría por una roseta de pasamanería de seda negra con dos borlas. A cada lado de la falda hay un fruncido, cubierto con un adorno de pasamanería de seda negra, dispuesto de modo que la falda queda recogida, formando una abertura, que deja ver una enagua de tafetan de Florencia blanco.

Sombrero de tul moteado, guarnecido de cintas de un tejido de paja muy fino. Dos de estas cintas se colocan tirantes alrededor del fondo sobre el ala. En el fondo hay un adorno de lazadas de cinta blanca, ensanchada con otra cinta de paja. Otra cinta de estas guarnece tambien el bavolet. Toda el ala va guarnecida al borde y por debajo de un rizado grueso, *Gabriela*, de blonda blanca, con una cintita negra en las orillas. El bandó va salpicado de algunas hebras de yerba muy menuda. Las bridas son de cinta de seda blanca.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Cuello* bordado á feston y minuto.
- NUM. 2. *Puño* correspondiente.
- NUM. 3. *Cenefa* para enagua, bordada con *trencilla* y á la inglesa.
- NUM. 4. *Pañuelo* bordado á plumetis con jareton que llega hasta la línea corrida.
- NUM. 5. *Cuello* bordado á feston para camiseta de niña.
- NUM. 6. *Entredos* para los hombros, de la misma.
- NUM. 7. *Puño* correspondiente.
- NUM. 8. *Cenefa* con esquina para bordar con *trencilla* un vestido de piqué.
- NUM. 9. *Cenefa* correspondiente.
- NUM. 10. *Entredos* bordado á plumetis.
- NÚM. 11. *Escudo* para bordarle en litografía.
- NÚM. 12. *Cenefa* á feston para enagua.
- NUM. 13. *Otra* á feston y pasado.
- NÚM. 14. *Otra idem* á feston.
- NUM. 15. *Escudo* á cordoncillo y minuto.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.